

llámalo como quieras

Eres dueño de lo que disfrutas y esclavo de lo que te pertenece

Necesita la lluvia tanto como la necesitan las plantas. El húmedo ambiente reconforta su mente y su cuerpo. Con tiempo seco no sale de la habitación. Angustiado, permanece sentado con las persianas casi bajadas. Apenas un hilo de luz en la habitación acompaña su existencia diaria. No le valen ni duchas, ni baños, ni humidificadores, sólo la lluvia.

Posee una especial percepción para sentirla, casi adivinarla. Aunque el sol brille y ni una sola nube rompa el azul del cielo, sus sentidos captan el cambio de tiempo, la lluvia, horas antes de su aparición sobre la ciudad.

Muta su ser paulatinamente. El primer síntoma es la respiración, pasa de ser superficial a ganar profundidad. Va aumentando el tiempo y espaciando las bocanadas de aire. Después, cuando las nubes aparecen sobre el horizonte, sin verlas siquiera, comienza a respirar por la nariz. Fuertes y rítmicas aspiraciones llenan sus pulmones de aire húmedo, todo su cuerpo parece recibir una nueva energía.

Cuando las nubes se apoderan de buena parte del cielo, sube la persiana y abre la ventana para respirar su elixir de vida. Si el cielo desaparece cubierto de nubes, sale al exterior a sentarse. Desde un banco del jardín vigila las distintas nubes que van apareciendo. Prefiere los cumulonimbos y los nimboestratos, las distingue a primera vista. Son las portadoras de lluvia, agua procedente del mar, traídas por el viento del oeste.

Con su aparición, antes de comenzar la lluvia sale a su encuentro y poco tiempo después comienzan las gotas a caer. Le gusta en estas ocasiones caminar entre la gente con sus zapatos de agua, sus vaqueros, un jersey negro y un chubasquero verde, como una persona más.

En ese primer momento, la aparición de la lluvia provoca la huida despavorida de la gente buscando protección bajo cornisas, portales, tiendas y todo tipo de posibles cobijos.

Entonces, él sonríe y mantiene la expresión todo el tiempo. Llega a la risa viendo las defensas de la gente ante el agua, periódicos a modo de tejado inclinado, bolsas de plástico haciendo de capuchas, gabardinas, chaquetas, cazadoras subidas estrafalariamente hasta la cabeza, dos y tres personas bajo una sola prenda maniobrando entre la gente. Él disfruta de este espectáculo.

Cuando la ciudad se va mojando, se aprecia una transformación. Las primeras gotas cogen a todo el mundo despistado, sin preparar, tratando de no mojarse. El tráfico, en estos momentos, se congestiona. En los cruces se entorpecen unos coches a otros sin poder circular ninguno. Los pasos de peatones se convierten en un peligro. La gente permanece a cobijo como buenamente puede durante la luz roja, al cambiar a verde comienza una vertiginosa carrera en busca de protección en la otra acera, la gente de ambas partes del semáforo tratan de esquivarse, pero no siempre lo consiguen. Además, los coches, aprovechan a saltarse el disco rojo viendo la posibilidad de avanzar unos metros antes de formarse un nuevo tapón.

Cuando la lluvia ha caído durante varias horas, todo está más despejado y tranquilo. No hay mucha gente por la calle y ya van protegidos con zapatos fuertes y paraguas o capuchas. Estos artículos en la indumentaria, transforman a las personas y también a la ciudad. Caminan más tranquilos huyendo de donde antes se refugiaban como de las cornisas de los edificios, de las paradas de autobús,...

Cuando sopla el viento y llueve, van cambiando la dirección del paraguas según de donde venga el aire. Se comportan como gladiadores con su escudo. En ocasiones, una distracción o falta de reflejos, pone la defensa al revés, pero si el paraguas es medianamente bueno, orientándolo de nuevo al viento vuelve a proteger.

En los sitios de paso estrecho, la cosa es complicada. Todo el mundo trata de pasar a la vez y los paraguas son un impedimento. Unos lo suben, otros lo inclinan y las señoras de cierta edad bien agarradas al mango no lo mueven para ningún sitio. Suelen ser mal miradas

pero nadie las dice nada, a lo sumo, un empujón disimuladamente mal intencionado las desplaza de su trayectoria.

Lejos de estas concentraciones, donde le gusta caminar a él, por el paseo, hay poca gente. Cuando se encuentra con otra persona intercambian una mirada cómplice como diciendo, “nosotros sí que sabemos”.

Se puede disfrutar de la lluvia, se disfruta del paseo. El húmedo ambiente vivifica las plantas, los árboles y hace sacudirse y retorcerse a los gorriones. Amortigua la luz y los colores, las formas, es un canto de tranquilidad el sonido del agua cayendo.

Los charcos comienza a ser pequeños lagos, dueños de aceras, obstáculos para el recto caminar. Transformaban su anonimato absoluto en tiempo seco a ser admirados y respetados, únicamente perturbados por algún niño juguetón y desobediente. Él, les conoce a todos, incluso tiene uno favorito, el de Correos. Este charco, con entidad propia, por tamaño y antigüedad, desaparece bajo el agua cuando la lluvia es fuerte y la marea está en pleamar. Se inunda toda la calle desapareciendo gran parte de la acera. Los coches, precavidamente circulan formando olas y convirtiendo los edificios cercanos en insólitos rompeolas.

La ciudad es distinta bajo la lluvia y él la desea así. Su paseo no tiene una duración concreta, puede ser corto para una tormenta de verano o largo para la lluvia continua de los días de invierno. El recorrido también es variable, depende de la época del año, de la gente, de su estado de ánimo.

Cuando intuye el final de la lluvia, si está lejos comienza una rápida carrera de vuelta a la habitación. Si está cerca camina cabizbajo, despacio y aguarda mojándose en el banco del jardín viendo desaparecer las nubes cargadas de agua.

Cuando las grises dejan paso a las blancas entra en la habitación a mirar el cielo desde la ventana. Si el cielo comienza a despejarse, baja la persiana para sólo tener un exiguo hilo de luz en la estancia. Su respiración otra vez superficial, cansina, es señal de tiempo seco.

A parte de los cumulonimbos y los nimboestratos están, los estratos bajos. El único inconveniente de esta nube es la escasa o nula visibilidad. La niebla esconde la ciudad, pero la humedad provocada le empuja de nuevo al exterior, al paseo. Camina mirando al suelo, le entristece ver los charcos secos. Además la gente no se comporta como con la lluvia, no huyen, no se refugian ni siquiera disminuyen. Empieza a disfrutar verdaderamente al llegar a las vacías playas. Andando sobre la húmeda arena en la misma orilla vuelve a la radiante sonrisa.

En estas ocasiones no se aleja mucho pues, una brisa o un fuerte sol del mediodía es capaz, en poco tiempo, de hacer desaparecer la nube y con ella la necesaria humedad para su existencia.

La comunicación con él es difícil, si el tiempo es desfavorable, según sus gustos, no hay manera de hablar y si en cambio aumenta la humedad entra en un éxtasis provocando una euforia progresiva hasta llegar a la radiante sonrisa, entonces es posible cierta comunicación. Para ello me veo obligado a seguir sus pasos por toda la ciudad. Rara vez contesta mis preguntas, solo existe un monólogo. Me cuenta las anécdotas de los charcos, me muestra las baldosas sueltas, las pisa y el agua sube como un surtidor. Conoce con exactitud matemática dónde se encuentran las mejores goteras provocadas por canalones rotos, el árbol cuya base tarda más en mojarse. Casi todo lo hablado por él tiene relación con la lluvia. Es divertido caminar juntos y comprobar la veracidad de sus observaciones. Parece a primera vista imposible de creer el comportamiento de la gente siendo una ciudad donde llueve tanto, pero todo es absolutamente cierto.

Un día descubrí su gran amor hacia las plantas, los silenciosos seres atados a la tierra. Según él, nosotros somos muy semejantes a pesar de tener bastantes más ataduras. Las entiende bien, distingue todo tipo de enfermedades con solo observarlas, a veces, arranca una hoja, me la muestra y me da su diagnóstico.

Al principio, no lo creía pero en el transcurso del tiempo he podido comprobar sus pronósticos de vida en el mundo vegetal y acierta siempre.

No deja de sorprenderme. La sencillez en la vida, es compleja a la hora de analizarla. La evidencia de la distancia entre dos mundos, el suyo y el mío no es tan grande una vez conocidos ambos. A medida que descubría algo en él, descubría algo en mí y me asustaba tener conciencia de mi ignorancia.

¿Cómo me ve él? Nunca lo averiguaré. ¿Cómo me veo yo? Hasta ahora respondía con datos, edad, lugar de nacimiento, de residencia, estudios realizados... sólo datos y entre ellos recuerdos de familia, amores, amigos. Pero ¿cómo me veo hoy? Según lo aprendido de él y como humano, atado más que las plantas, esperando también algún tipo de lluvia sin conocer el fruto o la flor característicos de mi especie, sin hojas deladoras ante sus sabios ojos.

En cambio a él le habían estudiado mentes lúcidas. Tenía una enfermedad psíquica llamada hidromania pero no hacia todas las agua, únicamente con la lluvia. Su poder adivinatorio se denomina hidromancia, una especie de radiestesia pero solo capaz con la lluvia. Quienes la habían estudiado estaban contentos con los datos obtenidos tras varios meses de experimentación y concienzudos estudios.

En apenas seis folios, resumían todos los rasgos característicos de su conducta. Los leí y no aparecía su especial sensibilidad perdida por el resto de los seres humanos en el transcurso de la evolución, cuando aún eran bárbaros. Esta sensibilidad descubierta por mí, le dotaba de un prisma único a través del cual su existencia tenía sentido.

Para él, su mundo es la lluvia y después las plantas, pero poco a poco entré a formar parte de su vida y él de la mía. Empecé a estimarle cada vez más y sin darme cuenta los días soleados dejaron de gustarme tanto como antes. Cuando veía aparecer una nube enseguida trataba de reconocerla, vigilaba los cambios de viento en espera del húmedo aire del Atlántico.

Con la aparición de las nubes iba a su encuentro. Al verme, sin decir nada, sólo con la expresión de su cara sabía agradecer mi preocupación por él. Dependiendo de la respiración conocía el estado del tiempo. Cuando el cielo está cubierto de nubes de agua se enfunda el chubasquero verde y comienza nuestro divertido paseo bajo el agua.

Cuando no me es posible ir junto a él y comienza a llover, una sonrisa involuntaria se dibuja en mi rostro, a veces se transforma en risa. La gente me mira extrañada pero yo me doy cuenta que lo extraño es no amar la lluvia. No volver a ser niño y saltar dentro de los charcos a ver quien salpica más. Buscar un tamarindo cargado de agua y darle un empujón después de colocar a un incauto debajo de él. Y cientos de juegos que de chavales llenaban los días de lluvia. He recuperado algo que nunca debí perder, el gusto por la lluvia y, sólo eres dueño de lo que disfrutas, del resto de las cosas: esclavo, jefe de mantenimiento, o llámalo como quieras.